

PREGÓN DE FIESTAS DE LA FACULTAD DE LETRAS DE MURCIA

*(18 de abril de 2016)*

Señor vicerrector, señor decano, presidente de la Asociación a la Diversidad y el Voluntariado; delegado de los alumnos; admirados profesores y profesoras, queridos alumnos y alumnas.

Como decíamos ayer... «la educación hace a la persona fácil de llevar pero difícil de manejar; fácil de gobernar pero imposible de esclavizar».

La frase no es mía, naturalmente, pues, a pesar de tener la fortuna de contar con título universitario obtenido en esta Alma Mater, ni mi entendimiento ni mis luces dan para tanto dispendio intelectual. La frase la leí y la memoricé hace la friolera de treinta y cinco años en uno de esos templos del saber, del verso rimado y de la performance gráfica que son los aseos, o excusados, de las cantinas de las universidades, ahora llamadas cafeterías en la jerga moderna y contemporánea.

Si cito en un día festivo como hoy los aseos de la cantina de esta facultad y esa frase que para mí fue proverbial hace siete lustros, es porque supuso una revelación en medio del caos que suele producirse cuando la edad del pavo y la formación intelectual se cruzan, o chocan entre sí, y uno duda no solo de su propio nombre y apellidos, sino incluso de las razones por las que ha decidido estudiar cosas que, según la opinión generalizada del vulgo, no sirven para hacerse millonario, léase carreras de letras en general y Filología Clásica en particular.

Y quiero recordar hoy esa frase y aquellos tiempos porque, al estar de nuevo en este que fue mi hogar durante cinco años, me siento como el hijo pródigo que vuelve a la casa materna después de haber malgastado su herencia en naderías, en menudencias y en bagatelas, palabras de enjundia que aprendí entre estos doctos muros, y que luego derroché de manera imperdonable en otros templos de la sabiduría popular, léase tabernas, tascas, bodegas y bares en general, además de bibliotecas y cursos de posgrado en los que reforcé mucho mis conocimientos y poco o nada mi currículum laboral.

De todas las cosas útiles e inútiles que aprendí en este templo laico de la sabiduría, hay unas cuantas que quedaron grabadas con sudor y tinta subrayadora roja en mi intelecto. La más importante, y que ahora pretendo compartir con los estudiantes, es que hay que ser humildes. O glosado en román paladino, para que se entienda: «por muchos títulos que tengas, por muchos libros que leas, por muchos cursos de doctorado que hagas y por muchas cosas que creas saber, en la universidad siempre habrá alguien cerca de ti, quizá en el asiento contiguo, que sepa más, o muchísimo más, que tú». Eso lo aprendí el primer o segundo día que subí por esas escaleras del campus que ahora, seguramente por el desgaste de mis rodillas, me parecen infinitamente más altas y peligrosas que entonces.

Otra cosa que aprendí con el tiempo, o más bien con el mucho tiempo, es que los profesores y las profesoras no habían nacido tan sabios ni tan crecidos como yo los veía en clase, sobre la tarima, serios y marmóreos como el auriga de Delfos, sino que eran de carne y hueso y también fueron jóvenes, e incluso muy jóvenes; que también las pasaron canutas, e incluso muy canutas; que también en algún examen se quedaron en blanco, o muy en blanco, si se me permite la exageración. Ellos no eran —y no son— nuestro peor

enemigo, aunque a veces les guste disfrazarse de diablillos y rayar de circulitos rojos nuestros exámenes tan impolutamente presentados; o suspendernos por escribir «había» sin «h» y con «v», como si eso fuera un delito de lesa humanidad. Nuestro peor enemigo, debo reconocerlo ahora, era Cupido, que disparaba sin apuntar y fallaba más en la diana que nosotros en las declinaciones; o san José de Cupertino, patrono de los examinandos, que parecía tomarse unos días moscosos cada vez que teníamos un examen importante, de esos que te salvan el semestre o el curso.

Cuando éramos estudiantes nos pasábamos media vida pensando en el futuro y, cuando el futuro llega por fin, nos pasamos la otra media vida añorando el pasado. No cometáis ese error, queridos graduados en ciernes. El futuro no existe. Y si existe está aquí, en estos años tan duros y tan enriquecedores, tan bellos y misérrimos a veces, tan felices y tan desdichados, según nos vayan los resultados académicos o las cuestiones amorosas.

Ahora debería decir aquello de CARPE DIEM, que viene como anillo al dedo. Pero no voy a hacerlo por no caer en el tópico. En su lugar diré VIVID EL MOMENTO, que viene a ser lo mismo pero en latín vulgar y adaptado a la vulgaridad los tiempos. Y ya que estamos con las frasecitas y con lo de aprovechar o desaprovechar las oportunidades, me viene a la cabeza aquella que escribió Albert Camus también en el latín vulgar del otro lado de los Pirineos: «Nos mata a los cuarenta años una bala que nos disparamos a los veinte». Con esto quiero decir que aprovechéis el tiempo y os subáis a todos los trenes, pero sin apretar ese gatillo del que hablaba Camus.

Estos años de estudiantes, no me cabe duda, son los mejores años de nuestras vidas, con algunas excepciones que confirman la regla. No os quepa duda. Yo me atrevo a afirmar que cualquier tiempo futuro

difícilmente superará a este presente. Y lo digo tanto por viejo como por diablo.

Y volviendo a las cuestiones académicas, sin aparcas del todo las lúdico-festivas, hubo un tiempo en el que se oía por ahí, sobre todo en los últimos cursos de bachillerato: "el que vale... vale y el que no a letras". Por fortuna cada vez se oye menos esa frase que resulta paradójica en un país en donde no brillamos precisamente por nuestras glorias técnicas ni científicas, con muy honrosas excepciones, por supuesto. Más deplorable que presumir de lo que no se es, resulta avergonzarse de que aquello que se posee. Y en este país en el que andamos sobrados de falsos méritos, a veces nos cuesta recordar que, si algún brillo hemos tenido en el planeta Tierra, ha venido precisamente del terreno de las letras, pues por los grandes aportes científicos al desarrollo de la humanidad no se nos conoce fuera de nuestras fronteras, lamentablemente. Si a un estudiante de currículum impecable le preguntamos por el nombre de cinco científicos españoles de los últimos dos mil años, seguramente lo pondremos en un gran apuro y posiblemente consuma su tiempo entre sudores y esfuerzos intelectuales de los que tal vez salga algún apellido in extremis como Ochoa o Cajal. Sin embargo, si le preguntamos por cinco nombres de ilustres representantes de nuestras letras, seguramente le sobrarán mucho tiempo después de responder, por ejemplo, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Vicente Alexandre y Cela, quizá incluso en su carrerilla podría nombrar también a Rafa Nadal y Fernando Alonso, pues la confusión entre cultura y espectáculo, unida al medio centenar de canales televisivos, ha hecho bastante daño en nuestros jóvenes. Pero no hace falta tener una carrera universitaria, ni siquiera el bachillerato aprobado para saber que somos un país algo atrasado en determinados campos, pero que, sin embargo, brilla en estas disciplinas inútiles que no nos hacen millonarios pero que nos hacen más dignos y más felices: las

Humanidades, la Historia, las Letras y las Artes. Nuestro país, que es lo mismo que decir «nuestro idioma», es el de José Zorrilla, el de Gonzalo de Berceo, el de Juan de Mena, incluso el de Séneca o de Quintiliano —aunque a estos se les entienda menos por hablar más antiguo—; no hay lugar en nuestras facultades de letras para los complejos de inferioridad ni para la bajaestima. Somos herederos de los grandes maestros y, aunque no hay que vivir de las glorias pasadas, bueno es recordarlo cuando nos asaltan las dudas y nos hacemos esa ingrata y cruel pregunta de «¿qué demonios estoy haciendo yo aquí?, en vez de ser médico como mi padre o ingeniero como mi abuelo». Estudiar letras ya no es como ser del Atleti, ni muchos menos. Estudiar letras es como vivir el momento y no dispararnos esa bala de la que hablaba Camus que nos atravesará posiblemente el corazón o el dedo gordo del pie a los cuarenta años. ¿Qué sería de la barbarie en la que nos movemos si no existiera la voz de los poetas, de los historiadores, de los dramaturgos? ¿Qué sería de nosotros si todo lo denunciáramos en los juzgados y no lo hiciéramos también en los escenarios, en los libros, en los títeres de cachiporra? ¿Qué sería de nosotros sin el humanismo, sin la lectura y sin la escritura? ¿Qué sería de nosotros? Pero el humanismo y los estudios de letras van mucho más allá del arte. Muchos de vosotros, aunque no todos, terminaréis siendo maestros, profesores, docentes... ¿Qué sería de nosotros sin los maestros, que trabajan para la eternidad sin saber nunca adónde irán a parar sus enseñanzas?

En un día como hoy, hay que recordar —por si alguien lo ha olvidado o no lo quiere reconocer— que también el jolgorio y la holganza forman parte de la educación y del humanismo... Y no es parte pequeña, ni mucho menos. Y es que hoy estamos aquí para celebrar, y no tanto para reivindicar.

Hubo un tiempo en que los alumnos recién llegados a esta ciudad desde los pueblos grandes y pequeños de nuestra provincia y de provincias limítrofes contemplábamos con asombro las fiestas, bacanales y conciertos que se organizaban en esta universidad. En esos días festivos, el jolgorio unía las ciencias y las letras, seguramente como ahora. Comenzaban con los festejos de Químicas y su coronación del Rey Sol y terminaban con las fiestas de Letras, que ahora están bendecidas por nuestro patrón san Isidoro de Sevilla, que como todo el mundo sabe no era andaluz, sino probablemente cartagenero moreno, y si no de la misma Cartagena, tal vez de alguna de sus numerosas pedanías.

Por aquellos días esperábamos las fiestas de las facultades como agua de mayo, o como agua de octubre, o de marzo, porque había casi tantas fiestas como meses en el curso, si no más. En el gotelé de nuestros pisos rancios y de alquiler, los estudiantes pinchábamos con chinchetas las planillas con las fechas de los exámenes, los turnos de limpieza y las fiestas de cada facultad, para que cada uno fuera organizándose a su aire el tiempo de estudio y lo compatibilizara con la bacanal facultativa (de facultad, quiero decir) que tocara en cada momento.

Nos poníamos al día con los apuntes, adelantábamos tarea y “al loro”, como decía Tierno Galván. Esas noches de fiestas universitarias nos lanzábamos a la calle con dos duros en los bolsillos y muchas ganas de vivir. Más ganas que dinero, por supuesto. Los más responsables, como era mi caso, sufríamos en mitad de la verbena o de la ruta de tascas terribles remordimientos de conciencia al recordar que el lunes teníamos examen de verbos griegos, ¡oh dioses del olimpo! ¡No querrá Zeus que la profe se sienta indispuesta y se suspenda el examen...! ¡Indisposición transitoria y leve, se entiende..! ¡Oh, los verbos griegos!, esa arquitectura endemoniada que únicamente fue

creada para torturar a los alumnos de Filología Clásica de cualquier universidad del planeta. Y un servidor, quizá con algún calimocho de más en el estómago, trataba de no olvidar lo aprendido y repetía los verbos polirrizos, que siempre me recordaron a una peluquería en el barrio del Pireo ateniense: *lambano, lépsomai, élabon, eilefa*. Y a continuación, para no perder el ritmo de la fiesta, recitaba: Ipanema, Zalacaín, Lagartijas y Abanico de Cristal. Y en la siguiente tasca, o en la siguiente canción, o en el siguiente calimocho decía: *eszío, édomai, éfagon, edédoka*. Y luego: Williams, Novecento, Café 98 y el Tío Garrampón. ¿Qué tendrá la memoria que olvida las cosas importantes y retiene las inútiles? No quiero decir que los verbos polirrizos sean inútiles, sino que a mí no me han servido más que para ser feliz recordándolos, que no es poco.

Aunque no me gusta dar consejos sin que me los pidan, sí me gustaría en una ocasión como esta compartir con vosotros el decálogo de supervivencia del estudiante de Letras, por si a alguien pudiera serle tan útil como me fue a mí. Dice así:

1. Pon empeño en todo lo que estudias, incluso en las materias más ingratas.
2. Nunca vayas a un examen sin un bolígrafo de recambio, a poder ser... azul, pues el rojo ya lo pondrá el profesor donde corresponda.
3. No aprendas mañana lo que puedas aprender hoy.
4. Si te echas un novio o novia de ciencias y un buen día te recita a Horacio en Latín, desconfía de él: podría ser un alienígena.
5. No pongas en duda los conocimientos de tus profesores: si te dicen que Homero no existió, es que Homero no existió.
6. Hazte amigo de los conserjes y camareros de la cantina, aunque eso conlleve comprarles lotería cada Navidad.

7. Si te pillan copiando en un examen, nunca digas esa frase de: «esto no es lo que parece». A veces, el verbo ser y el verbo parecer son la misma cosa, y negarlo solo demuestra nuestra ignorancia.
8. Encomiéndate a los dioses cada vez que tengas un examen; pero por si acaso están en sus guerras y en sus amoríos, mátrate a estudiar.
9. No intentes convencer a tus profesores de que un 4,9 es lo mismo que un 5, porque algunos estudiaron matemáticas en su juventud. Somos estudiantes de letras y los misterios de los números son incomprensibles para nosotros.
10. Si alguien te pregunta para qué sirven los estudios letras, respóndele con sorna: para saber que las guerras médicas y las huelgas de INSALUD no son la misma cosa. Y no es moco de pavo.

Se acabaron los consejos de abuelo. Ahora es tiempo de vivir el presente. Estas son vuestras fiestas; también las mías, o al menos así las sigo sintiendo. Os deseo que cuando transcurran muchos años tengáis la sensación de haber pasado en este lugar, como me ocurre a mí, los mejores años de vuestras vidas. Y aunque hayáis olvidado los verbos polirrizos —algo que yo aún no he conseguido—, o hayáis olvidado el color de las enaguas de Isabel la Católica en la entrega de la ciudad de Granada, recordéis que todo lo que habéis aprendido aquí no podríais haberlo aprendido en ningún otro sitio.

*Ave, collegae, celebraturi festas te salutant!*

Luis Leante